

5.
534

Album literario.



ENTRADA
NÚMERO
10124

ADVERTENCIAS.

Por causas ajenas á la voluntad de *D. Francisco Bañares* cesa de intervenir en la direccion de nuestro Periódico, encargándose en lo sucesivo de ella *D. Isidoro García Flores*.

El autor de *una lágrima sobre las ruinas de Numancia*, ha tenido á bien retirar su original.

Nuestros suscritores nos dispensarán el retraso en la salida de este número en atencion á haber sido motivado por el cambio de editor responsable.

El Secretario,

GENARO PEROGORDO Y RODRIGUEZ.

Estado de la literatura en el siglo XIX.

Al hablar del estado de nuestra literatura en la época que atravesamos no es mi objeto menospreciar la noble emulacion que en nuestra querida patria se ha suscitado, ni tampoco censurar á sus tiernos hijos al verlos correr tras una gloria que sus antepasados les han hecho desear como la mayor felicidad, como el único deseo del corazón humano. La literatura ese precioso arte que ha nacido con el mundo y que ha ceñido el laurel inmortal en las frentes de nuestros antepasados, no podia extinguirse en los tiempos mas gloriosos de la humanidad. Es cierto que en la época presente no existe ya que la orgullosa Roma, la señora que hizo estender su dominio á cuantos pueblos alumbraba el sol, es cierto que nos faltan los antiguos héroes que conducian sus armas victoriosas do quier que les llevababa su deseo, cierto es tambien que las doradas liras de Homero y de Virgilio enmudecieron ya, que cesó su inspiracion con su existencia, pero sus obras inmortales han llegado hasta nosotros y á pesar del largo periodo que nos separa aun podemos acercarnos á rendir un tributo de admiracion á los primeros héroes de la literatura, su espíritu existe todavia en sus obras y la sucesion de los siglos le transmitirá con mayor gloria á las edades venideras. Ciñéndonos á nuestra patria podemos recordar aun con una grata emocion los escritos de nuestros antiguos é inmortales poetas *Lope de Vega*, *Cervantes* y otros mil cuyos nombres leemos con júbilo en las gloriosas páginas de nuestra historia que nos han alentado tambien á seguir el ca-

mino de la gloria con sus merecidos laureles. Con sus obras ha llegado hasta nosotros un rayo de inspiracion, que extraño es que la lengua quiera cantar lo que siente el corazón? Qué extraño es que los hijos de Pelayo corran sedientos de gloria á recordár sus triunfos para cantarlos acompañados de su lira? qué extraño que en torno de sus sepulcros entonemos los dulces y melancólicos cantos que nos inspira su memoria? Además nuestros ojos están empañados aun con las lágrimas que vertieron nuestros antecesores cuando á imitacion de la ciudad del mundo llevaron nuestros pendones á otro suelo desconocido por todos menos por el osado marino que arrancó de Dios ese secreto. El inmortal Colon que á traves de las encrespadas olas supo llevar nuestro nombre y nuestras armas al otro lado del Océano Atlántico. Qué extraño es que haya llegado á sus hijos la inspiracion que la condujo á la alta gloria del saber humano? No son estos solos los motivos que nos obligan á pulsar las cuerdas de nuestra lira moderna hemos visto nacer entre nosotros otros héroes dignos tambien de admiracion eterna, nosotros hemos visto la religion católica estender su dominio por casi todo el universo y á nuestros oidos llegaron los himnos religiosos de los que un tiempo fueron idólatras, nosotros cruzamos los mares con una velocidad que nadie pudo imaginarse, hemos sabido elevarnos por la atmósfera azul que nos rodea y hemos llegado á recorrer el espacio que solo las doradas nubes cruzaron algun dia, nosotros por fin hemos visto la aurora que alegrando el corazón humano viene á alumbrar los campos y las pintadas flores frescas como el primer dia de su creacion y sin las gotas de sangre con que nuestros padres las salpicaron. Y no son dignas de alabanza estas empresas? ó acaso nuestro corazón helado no siente ya?

Ciertamente que si, el corazón necesita una nueva vida, tiene sed de gloria y es necesario que corramos á buscarla, ahora bien, en dónde podemos encontrarla? Nuestra España libre y feliz hace ya mucho tiempo que ha abatido el orgullo de sus enemigos y por otra parte el siglo XIX no quiere sangre, y era preciso dedicarnos á la literatura y así lo hemos verificado como el único medio de poder aspirar al laurel que tantos y tan ilustres españoles ciñeron en sus frentes.

GENARDO PEROGORDO Y RODRIGUEZ.

METAFISICA DEL AMOR.

(Continuacion.)

III

DUDA.—CELOS.

Hay en nuestro corazón una fibra encubierta, desconocida, cuyo impenetrable arcano no ha podido nunca explicarse la razon, y que una vez con-

10 DE DICIEMBRE DE 1857.

movida difícilmente se consigue restituirla á su primitivo estado. La causa que en un principio influye para verificar este fenómeno es la *duda*, dándose tambien el nombre de *celos* al mismo fenómeno producido con mayor grado de intensidad.

¿Quién es el hombre que amando de buena fé, con el corazón en la mano, como suele decir el vulgo, se conceptúa invulnerable á la aguda espina de los celos? Ninguno, seguramente. Cuando ciframos nuestra dicha en una muger, la anteponeamos á todo y sacrificamos en aras del Amor la libertad, intereses y hasta nuestra propia existencia, nos creemos legítimamente sus únicos y absolutos poseedores. No es de extrañar por lo tanto, que todo nuestro conato se dirija á querer guardar la inapreciable joya de su estimacion, que tratemos de reservarla entera y exclusivamente para nosotros. Bajo este punto de vista los celos parece que se constituyen en otra nueva pasion: la del *egoismo*. Pero un egoismo que no es propiamente tal, un egoismo que lejos de tener su origen en un cálculo desmedidamente financiero, vilmente interesado, descubre desde luego un alma recta, franca y honrada é incapaz de dar en sí cabida á la menor inconsecuencia.

¿Qué título merece la muger que, abusando de la gran perturbacion de nuestros sentidos y sin apreciar en nada las continuas demostraciones de nuestra pasion hacia ella, ya combatida por otra inclinacion, ó *capricho*, ya adulada por la idea del lujo, la ostentacion y en ansias de figurar nos vende torpemente? El mundo designa al primer modo de proceder con el nombre genérico de *coqueteria* y al segundo le califica con el de *ambicion de buen tono*. Yo juzgo iguales ambos casos y por eso los comprendo en una sola palabra.

Si nos llegamos un día á esta muger y en vez de salir á nuestro encuentro radiante de gozo, con la sonrisa en los labios y afable como de costumbre, la hallamos absorta y distraida, si recibe nuestros halagos con ese aire de indiferencia, que no es fácil de ocultar, entonces de repente nos asalta una idea, pero tan impregnada en hiéles y ponzoñas que hacemos todos los esfuerzos imaginables para arrojarla de nosotros. Revolvemos en la mente mil sofismas para probarnos la imposibilidad de que nos haya burlado, hacemos por engañarnos á nosotros mismos, y creyendo la anormalidad de su estado efecto de una casa comun y occidental, la preguntamos vivamente si ha sufrido alguna alteracion en su ánimo ó en su salud. He aquí el instante en que la muger despliega ese don, peculiar, suyo que llaman *talento*, y que no es sin embargo mas que un estudio bastante generalizado, por des-

gracia en la república del bello sexo, que consigue dominar las mas criticas y objeciones. Despierta á nuestra voz de conociendo lo embarazoso de su posición, procura á cubrir las apariencias bajo el pretexto ó fingiéndose, lo que es mas frecuente, de una horrible jaqueca. Nosotros, en vez de disculpas sin criterio, sin exámen con el fin de saber que el náufrago envuelto por las olas, se libera de un cable destrozado. Pero desde este primer alucinamiento, cuando la razon se esfuerza en toda su fuerza, empezamos á intentar adivinar la muger y abrimos con nuestros ojos nuestro pecho á la desconfianza.

Mas ó menos tarde suele llegar el momento en que vemos confirmados nuestros presagios. Entonces ya no dudamos de nosotros, ni recurrimos á sùtiles palabras, ni el fuego de la ira aborrecida pasion nos ofusca. Hemos sorpresado al monstruo de inteligencia, poseemos una prueba irrefragable que atestigua el hecho, y la imagen de su infidelidad se nos presenta en toda su deformidad. Pero bien es otra de las coyunturas altamente decisivas, á que la muger opone las armas de la seducción: solo depende el triunfo de la muger de la destreza que sepa desarrollar en su favor. Ella se justifica de las inculpaciones que se le dirigen, haciendo mil protestas de inocencia, afirmando que solo fatalidad del hado pudo aglutinar una serie tal de circunstancias para condenarla. Se cubre con un mar de lágrimas: se postra por el suelo, cubriera el rostro con las manos para no perder el papel de victima. Desgraciadamente esto no le sirve por estas muestras de dolor, ella no puede no cuida de ocultar su conmocion, porque al dejarla traslucir ofrece descubrirlo. Entonces el estado accesible, y muy pronto se vea de mundo de la autoridad de juez, descendiendo desde su repeticion á la humildad del reo.

Otras veces ella creyendo que al jugar tanto con sus caricias nuestra febril atencion, se juega con sus brazos, nos llama su único amor, por mucha que sea la dulzura y languidez que acompaña que á sus ojos, por mas candorosa que parezca, la inflexion de su voz, no consigamos ocultar la cólera que nos posee con la mirada de sus trances.

El hombre colocado en esta deficiencia, no debe ni mostrarse abstido, ni entorpecido por el efecto de su furor: tiene que dar á su rostro el efecto de desprecio; su lengua lejos de trémula, ha de emitir sonidos graves, palabras concisas, y sobre todo, las de mayor número. En esta ocasion las lágrimas, ironía y hasta sarcasmo son los frutos de la

ricias; tal es la conducta que observará si desea verse libre de los pérfidos lazos que le tiende la seducción.

Suele suceder también que la mujer á quien acriminamos es realmente inocente. La calumnia es el corrosivo del sexo débil. Quizás hoy se pague de su amor el mismo hombre que rechazó ayer de su lado. Entonces la mujer mas que una santa es una mártir, pues la damos en premio de su virtud una corona de espinas. Pero el sol de la verdad no deja eclipsarse mucho tiempo, si así fuese ¿de qué nos serviría la Providencia, ese gran atributo de Dios? La verdad hace en todas partes de cada objeto una lengua que la proclame, es la inmensa voz de la naturaleza que nada sofoca, es la luz vivifica que tarde ó temprano hiere los ojos del alma.

Positivamente influye asimismo mucho en la conducta de la mujer el genio particular del amante. Hay en él dos extremos, viciosos por consiguiente que, por distintos caminos, la conducen al término de la infidelidad y la hipocresía. Estos son: la suspiración y el abandono. La mujer acostumbrada á oírse llamar injustamente perjura trata de serlo para que se le llamen con razón y mas todavía porque se lo tienen vedado. Dios la prohibió que arrancara el fruto y por lo mismo se la antojó comerlo. Infeliz el que padezca la cronicidad de los celos pues que es una enfermedad incurable y hasta mortal: infeliz quien creyendo poner su confianza en la mujer ni la pide cuenta de sus acciones, ni las quiere saber, pues que:

Es de vidrio la mujer
Pero no se ha de probar
Si se puede ó no quebrar
Porque todo puede ser.

CARLOS PIZARROSO.
(Se continuará.)

DEL GÉNERO NOVELESCO.

Triste cosa es tener que anunciar, que el abuso que ciertos escritores poco entendidos han hecho de este importante género de la literatura, ha sido la causa principalísima y pudiéramos decir única, para que algunos críticos y la generalidad de las personas, le hayan considerado y juzguen todavía como perjudicial á la sociedad y como enemigo de las buenas costumbres, pero nosotros que condenamos el abuso, pero que de modo alguno anatematizamos por esta razón el género y que por el contrario nos parece de suma utilidad si encierra máximas morales, si aspira á corregir todos los vicios ó á elogiar

las virtudes; acudimos á su defensa y procuraremos desvanecer el infundado motivo en que para condenarle se apoyan sus impugnadores.

Dicen estos que en las novelas solo se halla el germen de la perversión y de la inmoralidad; y que si por casualidad aparece alguna en que esto no se encuentre no nos proporciona en último resultado mas que un rato de solaz y pasatiempo. Como se engañan los que tal juzgan y que error tan grande cometen, en sostener tamaño absurdo, decir que el germen de la perversión y de la inmoralidad está en las novelas, es carecer de instrucción, ó decir lo contrario de lo que juzgan y piensan. Sin duda alguna que se equivocan al enunciar su idea, sin duda alguna que ellos quieren decir que la perversión y la inmoralidad está en los escritores, ¿y si esto juzgan como en vez de fulminar anatemas contra este género de la literatura; no las fulminan contra esos escritores inmorales? En verdad puede decirse que van errados y que su loco é infundado fanatismo les lleva á condenar el instrumento de que se valen los que tienen en realidad la culpa; los que se merecen el castigo.

Dicen también que estas composiciones aun suponiéndolas buenas no proporcionan instrucción. ¿quién podrá adherirse á una proposición que es insostenible á todas luces y que carece de fundamento? Las novelas lejos de eso nos proporcionan una instrucción recreativa y el juego de pasiones que constituyen su artificio cuando el novelista es moral é ilustrado nos hace propender de un modo irresistible á la virtud y odiar el vicio, este es el gran fin que debe aspirar el escritor. ¿Cuántos vicios y ridículas preocupaciones nos han desterrado las novelas! ¿Cuántos heroicos y magnánimos sentimientos no han despertado en el corazón de hombres depravados! La aparición de una de estas producido á sido la causa á veces de grandes y utilísimas transformaciones. ¿Qué razones hay, pues, para proscribir novelas? Ninguna de las que se han alegado hasta ahora es digna de apreciación, porque todas carecen de fundamento. No nos detendremos al hacer mención de las producciones que con el título de novelas han alcanzado el mas insigne y distinguido nombre en la escena literata, porque además de no formar parte del objeto que nos habíamos trazado nos llevaria á grandes consideraciones que acaso no pudiéramos debidamente satisfacer. Queda pues, sentada que el género novelesco, es de gran utilidad porque además de proporcionarnos una instrucción recreativa, nos hace amar la virtud y odiar el vicio.

LUIS DE MONTALVO y JARDÍN.

TRIBULACIONES DEL CORAZON.

A MIS QUERIDOS HERMANOS

En los momentos de marchar de mi querida patria, separándome de vosotros, quizá para muchos años, siente mi corazón la necesidad de dejaros una expresión del profundo afecto que me inspirais.

He creído podría satisfacer mi deseo el adjunto escrito, pobre concepción de mi insuficiencia y de mis pocos años.

No me reconvenzáis ni me acuseis de falta de confianza por habérosle ocultado tanto tiempo, pues la convicción de sus muchos defectos ha hecho que no os lo comunique hasta hoy.

Acojedle, amados hermanos, como el triste adiós que os dirijo en los momentos de nuestra dolorosa separación. Acojedle, y no mireis sus defectos; ved solo la expresión de cariño que quiere significaros vuestro hermano

GENARO DE PEROGORDO.

I.

Imposible parece que la vida ficticia del hombre, esa vida rápida y fugaz, ese álito de triste y débil por que triste y débil puede llamarse cuando tan duramente se padece; ese período de agitación, esa época corta y azarosa que solo cuenta trece ó catorce lustros, pero trece ó catorce lustros de momentos preciosos que, acivarándola nuestra alma afectada, arrancan de sus profundos ayes de dolor prolongados, aflictivo y fatal que, contaminando nuestro ser, conmueve su base, dilata su poder y, creciendo con nosotros, prodiga con cortas escepciones la acerbidad de que es origen.

Y con efecto; parece imposible que siendo tan corta nuestra vida, hallemos tan desigualmente balanceados los goces con el dolor, el placer con la tristeza.

El hombre en su incierta carrera, marcha, ora ta-eiturno, ora agitado, recibiendo los embates de una sangre ardorosa y no se cuida de medir la magnitud de los peligros que le cercan. Sin embargo, alguna vez, en medio de sus fuertes deseos, suele conceder una pequeña tregua á sus luchadores anhelos; y en ese armisticio de sus funestos errores, mira al cielo y cree ver á Dios; contempla su obra, obra sublime y grandiosa, sorprendente y consoladora. ¿Qué admira en ella? *Bondad, consuelo, regeneración, amor y vida; si, amor y vida, vida tranquilo, dulce y grata; aspiración celeste de placer divino.*

Pero ¡ay! el hombre es humano, no divino; su fantasía voladora es la que, en dulce éxtasis, se remonta á las regiones celestes; mas al descender en la tierra palpa adolorido la realidad que le cerca.

Oh! que inmensa es la diferencia! ¡cuán grande la distancia!

Tiende la vista en derredor para observar, y contempla admirado la falta del que engaña, los tormentos del que sufre, la agitación del que desea, los anhelos del que busca.

El hombre se degenera y denigra; ciego en la marcha de su vida, abraza una engañosa seducción, que tirana le fascina, divorciándole de la verdad.

Mas si Dios por su voluntad le animó y dió vida; si haciéndole habitante terrestre le formó hombre, le inspiró raciocinio, base del entendimiento, móvil de su acción y germen de su voluntad; si poniéndole en el punto de partida, en la sonda de la tranquilidad y vida le dijo sabiamente, *camina mientras vivas; los goces te son permitidos si los disfrutas con moderación; limita los deseos y detendrás la acción corrosiva de los pesares; yo desarrollaré tu entendimiento; ama y vive feliz...*

Si ese dogma es precepto de Dios, en el cual se despliega la máxima divina atónita humanidad; si su bondad infinita presenta en panorama los preceptos santos, la emanación celeste de inculcación angelical ¿por qué el hombre no se detiene asombrado de si mismo y confuso ante las utopías que erige y busca y estudió en la inagotable poesía del cielo la tranquilidad que tanto necesita?

¿Porqué el mortal, pudiendo hacerlo, no ahuyenta lejos de ti las tinieblas de la ofuscación que le oculta la límpida fuente del goce terrestre y, aproximando sus ardorosos labios, bebe del bien que no ha estudiado y que es el que le brinda la felicidad bien entendida?

Pero ¡oh ceguedad inaudita!

El mortal, casi siempre obcecado é injusto, no ha comprendido la idea santa, no ha definido acertada y debidamente su sencillo fondo; y conculcando esos preceptos de religiosa moral, esa eterna verdad de sencilla comprensión, los ha desnaturalizado en sus formas y grandeza, los ha desconocido en su parte mas genuina esclamando con frenético delirio: *amor y felicidad nos brinda Dios; disfrutemos, puesto que nos está permitido.*

Insensatos, deteneos y escuchad.

A la voz celestial no respondáis con el acento mugidor de una loca y torcida creencia, de una mala comprensión.

Os lanzáis á disfrutar, y solo lleváis en esa fatigante carrera una marcha asoladora é impetuosa; acordad por un momento vuestro paso fatal y contemplareis con frecuencia lágrimas y víctimas, reconvenções y lamentos. Esa ligera, pero trascendental conducta, lleva en pos de sí un cruel remordimiento que, lanzando vuestros pechos, imprime sus consecuencias en vuestras jóvenes frentes.

Amor y felicidad, son sinónimos de ventura angelical, de ningún modo ecos de prostitución ni desorden. dos palabras y una especie: *la dicha hermanada del goce santo.*

Si buscáis felicidad aceptándola dignamente y, comprendiendo su esencia, os presentará sus disfrutes.

Si quereis salud, acortad vuestros deseos y, desorganizandoos menos, vivireis disfrutando mas.

Pero no; desgraciadamente se desarrolla en el hombre muy prematuramente su afecto inclinaciones nocivas; tiempo, salud, vida, todo á ellas sacrifica: sus tempranas ideas, alhagadoras, irreflexivas, destellantes de avidez, corren precipitadas y con paso de gigante; aunque con planta insegura: marcha sin pararse, avanzan sin retroceder. Ellos agitan con mano convulsa el lema funesto en que están inscritas sus engañosas doctrinas, ese lema seductor que cual cántico de sirena los atrae y sacrifica.

Oh desvario inconcebible! Al tremolante frenético sonríen gozosos sin pensar en mirar hácia adelante, sin volver la vista hácia lo andado.

Obcecados! Procurad que cese vuestro loco delirio, ese delirio homicida que de tan bellas formas le revestís y cuyo fondo es nocivo: separad de vuestros ojos esa venda de engaño que los cubre y os entrega fatigosos; un paso mas y resbalais en la pendiente de hondo abismo que teneis profundizado; volved en si, y no proclaméis tan inconsideradamente ese *adelante adelante*, de que hacéis alarde y que tantos males causa.

Pero difícil ó imposible es disuadirlos; ningún cruel desengaño ha cruzado por su frente alternando su tersura; ningún soplo de falacia ha enjugado el sudor febril que por sus sienes corre.

Esa es, sin el atavío de sus ropajes, la ardiente juventud.

Al levantarse de su lecho adolescente, su paso único, su voz primera, tiende á manifestar resueltamente que quiere accionar en la escena del mundo activo; que de pasivo espectador que era, deseó colocarse en incansable actor, él lo ha anunciado con ese fuego de acción ligero y voluble que le caracteriza. ¿Quién pretenderá que retroceda? ¿cómo anular el poderío de su edad? ¿cómo detener su irreflexiva iniciencia?

Intentarlo fuera inútil.

El sigue el inevitable curso de la naturaleza. La sangre se precipita hirviendo por sus venas; en las articulaciones se le observa un movimiento incesante, sostenido, alhuidor. Su pecho anhelante se eleva con calor; una avidez creciente le impulsa; una fé profunda indican sus acciones y respiran sus actos.

Abi está del hombre abocada la crisis peligrosa.

Sin abandonarle á sí propio, se le debe permitir que marche por la senda del mundo y se desencante, intentar detenerle bruscamente, solo servirá para impulsarle con estrépito.

Es inútil pretender que gire sobre un círculo pequeño: una ardiente lava le vitaliza el corazón y robustece sus impulsos. En esa exaltación de época, solo campo es lo que busca donde pueda obrar su acción.

Luchar contra la edad, es desatino.

Pretender avanzarle diez y nueve ó veinte años mas allá imposible.

Eso sería tan absurdo como decir al Sol en su carrera: «detente, y cede al impulso de un movimiento mecánico.»

Eso sería tan irrealizable como gritar al águila en su vuelo: «plega tus alas; deja las regiones aéreas, vive en la tierra.»

Oh! el fuego de la juventud es poderoso, arrogante, lleno de fé y de ilusión. Su influencia le hace olvidar bien pronto los inocentes atractivos del periodo que ha dejado, de ese periodo mágico, encantador, de esa edad florida de los sueños dorados, de ese tiempo bello, sencillo, el mas dichoso de nuestra corta vida.

En él ¿qué se padece?

Nada; todo es entonces espontaneidad y sencillez, todo dulzura sin destructores deseos.

Niñez dichosa! feliz adolescencia! primavera de la vida! Yo te saludo, y á mi salido la unida á melancólica simpatía de eterna separación, el triste Adios de un soldado que, por primera vez, se arroja á la vida de los combates. Al saludarte pretendo retener cual un trofeo los recuerdos de ese tiempo.

Tú marchas, y al hacerlo dejas en nuestros corazones un grato recuerdo que olvidamos pronto; ráfaga débil, melancólica y triste cual el suspiro de muerte.

Enorme distancia! diferencia inconmensurable. No bien rompimos los lazos que á ti nos unian; no bien fuimos separados por la naturaleza de esa pradera tranquila y amena que formaba nuestras delicias; no bien dejamos la aspiración de aquel deleitable ambiente, cuyo arrobador perfume, deslizándose sobre nuestras infantiles frentes, elevaba el arrobamiento á los corazones, la gozosa embriaguez á los sentidos y la sencilla dulzura á nuestro tranquilo ser: no bien desertamos de sus fías inocentes y bulliciosas, cuando la tranquilidad huyó de nuestras almas, la inocencia de nuestros pechos, y á sus auras poéticas y encantadoras, á su flor de deleitable corola, á su cielo puro y sereno, insensatos oponemos la avidez del invierno, la agitación de los deseos, la falsedad de la afección, la enloquecedora fatalidad de un anhelo creciente, ilimitado, impulsador; el huracán de las pasiones.

Si, la ardiente inauguración de la juventud, unida á su inesperienza, en la que aun no ha tocado la dura mano del desengaño, esto que poderosamente contribuye para que viego, él mismo se constituya en verdugo del corazón, torturándole implacable.

En la niñez que nada se siente, que nada se conoce, que poco se padece, venos pasar las aflicciones sin notarlo, las desgracias sin conocerlas, y sentimos cerca el jay! de los suspiros sin distinguirlos. Pero cuando sensaciones nuevas y desconocidas rasgan el velo que recataba á la adolescencia y dan paso franco á la juventud; cuando el niño ayer, levanta su fren-

te hoy para anunciarnos que es hombre; cuando desplegando su programa manifiesta las pretensiones nuevas y atrevidas que contiene ¡cuál es, pues, la primera, la mas culminante, la mas ostensible de todas? Vedla como se erige y descuella con la magestad de emperador, esa sacramental palabra, triste y feliz á un mismo tiempo, eje de nuestras acciones y cimiento de la vida, *el amor*.

Si, el amor; á él tributa como ofrenda su voto primero, por el suspiro anhela su posesion, quiere palpar sus gotas y poseer sus delicias.

(Se continuará.)

GERARDO DE PEROGORDO.

À LA DECLARACION DOGMÁTICA

DE LA

INMACULADA CONCEPCION.

ODA,

Alégrense los cielos y la tierra,
Y entonen gozosos
Todos los coros que el Empíreo encierra,
Los cánticos gloriosos;
Y reine por do quier dulce armonia,
Pues es ya declarada
La hermosa y celestial *María*
Pura inmaculada.

Brilló por fin el día venturoso,
Y en el lució mas bella
La escelsa Reina del Eden hermoso,
Que luminosa estrella.

Día feliz y de inmortal memoria,
De gozo y de alegría,
Día en que, al fin, tan celestial victoria
Consiguio *María*.

Y la corona que ciñó su frente.
Desde entonces brilla
Tan pura, inmaculada y refulgente
Que al mundo maravilla.

¡Madre de amor de paz y de ternura!
¡O madre cariñosa!
Luce en tu rostro la aureola pura
De candidez gloriosa.

Dicha y salve á ti dulce *María*
Ventura y gloria
Pues lograste alcanzar en este día
Lauro y victoria.

LUIS DE MONTALVO Y JARDIN.

LOS OJOS DE LAS NUBES.

Yo en las largas, tranquilas
Noches serenas,
He aprendido el lenguaje
de las estrellas;
Y cuando quiero
Que tus ojos me miren,
Miro yo al cielo.

Que allí, donde no hay ave
Que volar pueda,
Suspendido del eter
Que los rodea,
Hay envidiosos
Dos luceros que brillan
Como tus ojos.

Desde que entre las nubes
Los vió mi alma,
Confundo sus destellos
Con tus miradas,
Y ha mucho tiempo
Que no sé que son ojos
Y qué luceros.

Por eso en tranquilas
Noches serenas,
He aprendido el lenguaje
De las estrellas;
Y cuando quiero
Que tus ojos me miren
Miro yo al cielo,

ENRIQUE MARIA GRANES.

SONETO.

A una niña.

Cual resalta en las flores la hemosura
Y el aroma fragante y lozania,
Resalta así tambien, ¡oh vida mia!
Tu bella candidez porque eres pura.
Compites con la nieve en la blancura.
Con Venus en belleza, y la alegría,
Que anima tu semblante es luz del día
Y astro luciente de eternal ventura.
Son tus ojos rasgados dos estrellas
Que mientras brillen durará mi vida,
Que mientras brillen marcharé tras ellas,
No me dejes morir, niña querida,
¡Que luzcan siempre tus antorchas bellas,
No tornes mi amor en ilusion perdida!

LUIS DE MONTALVO Y JARDIN.

A LA SOMBRA DE LOLA.

Oh! tout ce que j'ai aimé!

VICTOR HUGO.

Fiero huracan con horroroso espanto
La rosa arranca que el vergel perfuma,
Y allá en sus alas cual ligera pluma
La lleva á la infeliz ya sin encanto.

Le arrastra, agita y la revuelve tanto
Que roto el cáliz la desoja en suma,
Mas aunque muerta el mundo la presuma
Vive su aroma inmaculado y santo.

Así la parca en su rigor impío
Arrojando á tu vida su sentencia,
Dejó un cadaver para siempre frío.

Mas si la flor segó de tu existencia
Eterno, Lola, vivirán confío
Su aroma celestial que es tu inocencia.

ANTONIO ALCALDE VALLADERA.

TORMENTO.

Presa de amarga locura,
Gime mi pecho angustiado,
Sin que el cielo ¡oh desventura.
Compadezca al alma pura
De un amante desgraciado.

De quier encuentro quebranto
Con la sombra que me sigue.
Y mi amor tan puro y santo
Solo lastimero llanto
En el insomnio consigue.

Desgraciada y triste alma,
Que te quejas dolorida,
No desgarras más la herida
Que te arrebató la calma
De una esperauza querida.

Imaginacion ardiente
Cesa, cesa en tu porfia,
Y desecha de mi mente
El fuego que cruelmente,
Derramó en ella María.

No es posible mas dolor,
Mas pesares ni tormento,
Que los que con tal rigor
En el pecho experimento,
Desde que sentí el amor.

Que mientras yo loco amante,
Las ilusiones cantaba,
De mi pasion delirante,
La muger que amé constante
De tanto amor se burlaba.
¡Digno castigo, ay de mi,

De amor tan mal empleado
Pues con loco frenesi,
De otra deidad era amado
Y sus súplicas no oí!

ISIDORO GARCIA FLORES.

EL CIRCO.

Ya el sol sin duda se quita
pues de la orilla se van
ó quizás el mar se agita.
Quién me da una limosni ta
para un pedazo pan?

Yo cogí las amapolas,
sin contemplar su color,
y cantando barquerolas,
deslizarse entre la olas,
he sentido al pescador.

Senti del águila el vuelo,
sin poderla contemplar,
y la he juzgado en mi anhelo,
subir á ver desde el cielo
las claras ondas del mar.

No he visto al sol levantarse
de su lecho refulgente,
le pintó hermoso mi mente
pero ella puede engañarse
porque es mi delirio ardiente.

Nada diré de las flores,
porque no sé nada de ellas,
sus balsámicos olores
gozé, es verdad, sus colores,
no los ví, diz que son bellas.

.....

aunque la luz no veré,
al escuchar el murmullo,
del arroyo gozaré,
y un cielo me forjaré
pintarlo en el seno suyo.

Nunca veré las estrellas,
mas no importa á mi dolor
que aunque deberán ser bellas
vosotros valeis mas que ellas,
hijos de todo mi amor,
y en tanto que el sol se quita
cuando á sus casas se van,
dejad que el ciego repita
quién me dá una limosni ta
para un pedazo de pan?

CASCONIO PEROGORDO y RODRÍGUEZ.

Memorial de un Cura de la provincia de Toledo á
su Arzobispo debiéndole seis mil reales.

Un año de día en día
he mantenido señor
mediante vuestro favor,
toda la familia mía,
cumplió la orden que tenía
de dar vuestro mayordomo,
y yo con pasos de plomo
no hago mas que imaginar,
como tengo de pagar
pues si he de pagar, no cómo.

Os debo ya seis mil reales
y según hago la cuenta,
valdrá este año mi renta
otros tantos no cabales;
y como no hay mas caudales
ni otros arbitrios humanos,
que unos veinte y cuatro granos,
cual ambrientos gorriones,
antes de hacerlos montones
me los comen mis hermanos.

Tengo un hermano soldado,
cuya suerte yo la envidio
pues que le doy un subsidio
cual si fuera acandalado;
por mantenerle montado
me voy quedando yo á pié,
y no discorro por qué
justicia, razón ó ley,
él ha de servir al Rey
y yo he de pagarle el pré.

Otro hermano tengo ausente,
con oficio de farsante
que en la corte es paseante
y vago cual pretendiente;
dice que anda diligente
en sus pretensiones, pero
desde luego considero,
que alcanzará alguna gracia
si pone tanta eficacia
como en sacar me dinero.

Conmigo tengo una hermana
que según la suerte mía,
se quedará para tía
si á ser monja no se allana;
no parece tiene, para
un sayal ni aun de Anascote,
y aunque en ella no se note
cosa mala, (sin lisonja)
tan distante está de monja,
como yo de darla el dote.

Me acompaña una sobrina,
niña inquieta por demás

y tan dada á Barrabás,
que á nada bueno se inclina;
con decir que es Granadina,
os doy suficiente luz,
de esta insoportable cruz,
porque mas no puede ser,
si á lo terco y lo muger
se le junta lo andaluz.

Son gusanos roedores,
todos estos á la par,
que ni me dejan medrar
ni pagar mis acreedores;
tengo otras deudas peores
que he de pagar al presente
como diezmos, cosa urgente
que es preciso sin engaño,
para pagar este año
ayunar en el siguiente.

Por lo que estoy precisado
á suplicaros de nuevo,
para pagar lo que os debo
el que me lo deis prestado;
y no mudando el estado
que no puedo rebatir
será preciso vivir,
con molestia singular
pidiendo para pagar,
pagando para pedir.

De ser esto realidad
Marcial podrá deponer,
y dará si es menester,
testimonios de verdad;
con que por necesidad
mandareis que no me cobre,
que con urbanidad obre,
y así os lo pido y suplico
pues vos no sereis mas rico
con dejarme á mi mas pobre.

Y para que no suceda
que á vos le resulte daño,
os ofrezco en cada año
pagar lo poco que pueda,
y si así pactado queda,
yo lo puedo compensar
esta gracia con rogar
al Omnipotente y Santo,
que os dé vida y salud.... tanto,
como yo tarde en pagar.

Celedonio BARRERA PINEDO.

Madrid 15 de Noviembre.

El editor responsable, ANTONIO NÚÑEZ.

MADRID: -- Imprenta y librería de la tienda de Vaquez & hijos.
Ancha de S. Bernardo, 17.